

CAPÍTULO II.

—¡Chiquilla!..., ¿te has hecho daño?

Una mano que se unía a la mía para ayudarme a levantar evitó que prestara atención a la llamada de Antonio.

El empujón de un pasajero me había hecho perder el equilibrio, hincando la rodilla en el roñoso pavimento, al bajar apresuradamente en el andén de la Grand Central Station, y de mi bolso se escaparon un millar de cachivaches, desparramándose como sorpresas de piñata.

Fue en ese momento cuando sonó "la voz", al tiempo que la mano de Carmen se unía a la mía, en un gesto característico de protección maternal. La escena era cómica y los tres reímos casi a carcajadas.

La presencia de mis tíos, esperándome en la estación, me preparó el espíritu y creí encontrar lo que venía buscando. Carmen me pareció más joven y comunicativa; hablaba y reía con frescura y, José Antonio le hacía eco, aunque a primera vista me pareció que los músculos del rostro de mi tío se movían menos elocuentes y que sus ojos estaban bordeados de oscuras ojeras. Pero quizá eran ideas

mías. En verdad, creo que nunca llegué a grabar muy bien el físico exterior de ese hombre, tan diferente a todos los demás que he conocido.

Carmen me tomó del brazo, mientras Antonio se encargaba de mi maletín rojo. Esta vez pude deslizarme fácilmente por los anchos andenes amarillos sin dejarme arrollar por el ambiente indiferente de la estación neoyorkina.

Antonio se separó de nosotros y fue en busca del coche, que había dejado estacionado a corta distancia, oportunidad que Carmen aprovechó para hablarme a solas.

—Gracias por haber venido. Desde que recibí tu carta, Antonio ha sido otro...

—Y tú, Carmen, ¿te sientes mejor?

—Creo que sí..., él te necesita y lo que él necesita se refleja en mí.

—He venido en busca tuya, Carmen. Necesito tus consejos, tu compañía...

—Mi corazón está abierto, ya lo *sabés*.

—¿Te he hablado de Enrique Alberto, mi novio?

—Estoy más enterada de lo que vos *sospechás*. Por algo soy tu "mamá" postiza.

—No acabo de comprenderte. ¿Le conoces?

Aquí sus labios se entreabrieron y una leve sonrisa de malicia regó toda su faz.

—Esta noche, en la recepción, me acabarás de comprender, "chinita".

Antonio llegaba en esos momentos y nuestro diálogo tuvo que interrumpirse bruscamente.

Salimos del túnel donde se esconden los coches que recogen pasajeros y rápidamente nos unimos a la multitud de vehículos que cubría las inmensas avenidas ese sábado por la mañana. Los "taxis" amarillos y los abrigos de vivos tonos que circulaban por las calles le daban a la ciudad un colorido que antes no me había detenido a observar y cuando, después de batallar con mil y un automovilistas, logramos llegar a casa, la Lala nos recibió orgullosa de haber acabado con sus faenas diarias de limpieza.

Sobre una de las mesas del salón, y dentro de un marco de plata, vi una fotografía mía con Carmen que Alessa nos había hecho el día que había estado mi tía en Vassar. Me acerqué a Carmen y la besé, abracé a Antonio; pero la presión de sus brazos y el calor de su aliento volviendo a rozar mi mejilla, me causó un cosquilleo extraño. Hubiera querido gritar, pero me quedé rígida, sintiendo un dolor seco de llanto que congestionaba mi garganta, impidiendo articular palabra. Al fin, pude desprenderme de él fingiendo naturalidad, sin querer aceptar que había percibido un temblor contenido en su cuerpo viril. Sin detenerme a mirar a Carmen, me dirigí a la cocina; la Lala me obstruyó el paso preguntándome, socarronamente: "¿Qué desea la señorita? Aquí todos estamos para servirla." ¿Qué me quiso decir esta mujer con ese "todos" tan marcado y tan irónico? Creo que desde ese día se desencade-

nó un duelo sordo entre las dos. Ella sería para mí "el leopardo de ark".

La orden de Antonio fue imperiosa:

—Traiga el agua que se le ha pedido y no haga comentarios cuando no se le piden.

El leopardo se retiró, escondiendo sus garras y murmurando algo entre dientes, como solía hacerlo.

Carmen salió de la habitación apresuradamente, indagando el motivo de la querrela, que Antonio se encargó de explicársela en detalles, añadiendo, además, el enfado que le producía seguir soportando las impertinencias de esa sirvienta.

Fue así como me enteré que la Lala había estado al servicio de Carmen antes de casarse y que nunca había aprobado la boda de "su señorita" con "el extranjero", y esta era la razón por la cual no existía cordialidad entre ellos.

Por consiguiente, Carmen había decidido que la Lala se marchase a Buenos Aires en un viaje sin retorno.

Carmen siguió a la Lala hasta la cocina, llevando en el brazo los trajes que ella y yo llevaríamos a Washington, pidiéndole que los planchara con cuidado; temía que la Lala descargara su mal humor en nuestros vestidos de fiesta.

Antonio volvió a acercarse a mí, susurrándome sensualmente al oído:

—¿Por qué no has atendido a mis conferencias? Carmen te ha dicho la verdad, ella y yo te necesitamos...; pero, compréndeme, no hay dos seres que

necesiten a otro de la misma manera. Dame tu calor y confía en mí. Yo sabré alejar de los dos lo que tú temes...

Las pisadas de Carmen, entrando nuevamente al salón, cortaron la frase de Antonio y a mí me ayudó a evitar una respuesta que no habría sabido expresar.

Mis tíos se pusieron a discutir sobre los preparativos de la fiesta, y yo aproveché la oportunidad para retirarme a la habitación y allí recapacitar a solas sobre las palabras que José Antonio acababa de decirme. Cerré la puerta, para alejar lo más posible la voz ronca de Carmen, que insistía en obtener una habitación con balcón exterior en el hotel "Maryflower". ¿Cómo podía ella pensar en algo tan superficial como era una habitación de un hotel en un momento de éstos, cuando la felicidad conyugal se estaba jugando, sostenida por un par de manos inexpertas? ¿O es que quería ocultar sus temores? No lo sé. La cabeza me dolía, no podía alejar de mi mente las palabras que había escuchado de la boca de Antonio y las voces de ellos, que se infiltraban a través de la gruesa puerta, rebotaban en mis oídos dolorosamente. Me tiré sobre la cama de Carmen, cubriéndome el rostro con la suave almohada de esponja, que absorbió las voces de mis tíos y me arrebató por varios segundos el desasosiego que caminaba dentro de mí.

Abracé la almohada con fuerza, queriendo vencerme así de que todo lo que tenía yo no era

más que sueño y cansancio. El estudio me había alterado el sistema nervioso y cualquier pequeño incidente acentuaba ese malestar físico, que no podía contrarrestar.

Excusas y sólo excusas débiles, en las que yo me refugié entonces para no ver la cruda verdad, que tarde o temprano descargaría toda la furia de la inevitable tormenta.

En el viaje de Nueva York a Washington logré lo que deseaba. Me senté un poco alejada de mis tíos y me distraje con esa apariencia de fuga de la Naturaleza que vemos desde la ventana de un tren en marcha.

Tan pronto Carmen y yo nos instalamos en la habitación del hotel, llamé a Enrique Alberto, pero no lo encontré; seguí llamándolo sin éxito, hasta que me resigné a dejarle un recado haciéndole saber que estaba en el "Maryflower", con mis tíos, y que en esos momentos salíamos para la recepción que ofrecía el Decano del Cuerpo Diplomático.

Carmen y Antonio hacían una buena pareja vestidos de etiqueta, y así se lo dije cuando bajábamos en el ascensor. El se mostraba sereno y atento con su mujer en aquellos momentos. El atractivo de Carmen era aún capaz de ofrendarle mucho, si él hubiera tratado de satisfacer en ella su apetito de hombre. Trataría de obtener de Carmen —en la ocasión propicia— una confidencia íntima, que me aclarara el estado en que estaban las relaciones conyugales entre ellos.

Cuando cruzábamos el recibidor para salir a tomar el automóvil que nos esperaba en la puerta, Carmen me miró con picardía.

—Hija, queremos presentarte a...

—¡Enrique Alberto! ¿Tú?...

Solté un grito de admiración, que llamó la atención de las personas que circulaban por el vestíbulo del hotel.

Mi novio me estrechó sobre su pecho rozando suavemente mis labios con los suyos. Su piel olía a "Old Spice", la colonia del "hombre que sabe vestir".

Le agradecí a Carmen, más con gestos que con palabras, lo que acababa de brindarme.

Al lado de mi novio el temor a Antonio fue desvaneciéndose poco a poco y durante las horas que pasamos en la fiesta no quise darme por aludida de las punzantes miradas de mi tío, que, a distancia, no dejaban de perturbarme.

Dentro del ambiente del gran mundo diplomático, donde todos sonrían, donde todos hacen las mismas preguntas, sin escuchar respuesta, y donde las amistades se hacen con la misma facilidad con que se deshacen al día siguiente, aquel volcán que rugía en mi interior se evaporó, mezclándose con las burbujas del *champagne*.

Antes que se terminara la recepción, Enrique me propuso que nos escapáramos para pasear un rato a solas. Acogí su deseo; harta de sonreírle a todo el mundo, y, después de avisarles a mis tíos

que nos uniríamos a ellos en el hotel, mi novio y yo nos fuimos a vagar por ese Washington iluminado que aparece en las fotografías de los álbumes familiares.

* * *

Eran las dos de la madrugada cuando Enrique y yo regresamos. Ambos veníamos deseosos de comunicar a mis tíos la decisión que acabábamos de tomar: fijar fecha para nuestra boda. Habíamos llegado a la "lógica conclusión" mientras bebíamos una taza de café. Nada había tenido este momento de novelesco ni de romántico. Como ya mi papá estaba enterado de nuestro noviazgo, y creo que había dado su aprobación, Enrique quería pedir mi mano a través de Antonio, para que él se encargara de hacérselo saber a papá.

Encontramos a mis tíos en el bar del hotel en compañía de algunos amigos; nos unimos al grupo y mi prometido debió haberle hecho alguna sugerencia a José Antonio, porque súbitamente se levantó de la mesa, se despidió de los amigos y, tomando del brazo a Carmen, caminó con pasos firmes hacia uno de los salones. Enrique y yo les seguimos de cerca. Nos instalamos en el ángulo que nos pareció más íntimo y menos iluminado. "Carmen y Antonio seguían huyéndole a la luz"...

De aquella escena recuerdo hasta los más insignificantes gestos de cada uno de nosotros, y los rostros de Enrique, de Carmen y de José Antonio

danzan ante mí agigantados, como esos fantasmas que en nuestra infancia nos hacen temblar y escondernos debajo de las sábanas.

Cuando Enrique se despidió de nosotros, los tres nos quedamos comentando con naturalidad pasmosa la resolución que había tomado de casarme con Enrique Alberto dos semanas después de mi graduación. Si no me equivoco, Carmen llegó hasta bosquejar mi traje de boda y la fiesta, que, según ella, debía ser en su casa de Park Avenue.

Antonio parecía no prestarle atención, encendiendo un cigarrillo tras otro y sólo despegó los labios una vez:

—¡Bah, mujer, que tonterías dices! ¡En nuestro piso una fiesta de boda!... ¡No cabrían ni diez parejas! Ese milagro únicamente lo podría efectuar nuestra sobrina, quien parece que hoy se ha convertido en una bruja capaz de destruir con su varita mágica hasta las murallas de Jericó... Y así, no le será difícil hacer desaparecer las paredes de nuestro piso.

Un escalofrío me estremeció... El dardo había llegado, y José Antonio lo supo.

CAPÍTULO III.

Ding-dong, ding-dong, ding-dong... Eran las seis de la tarde y el viejo carillón de la torre de la biblioteca esparcía las musicales campanadas que anunciaban el final del día.

Habíamos terminado de cenar; un grupo de chicas tendidas sobre la alfombra, jugaban a las cartas o hacían figuritas de cartón para adornar el árbol de Navidad de la Residencia y otras —sentadas alrededor de la mesa— tomaban la habitual taza de café, mientras que nosotras discutíamos los planes que teníamos para las vacaciones, que ya se aproximaban.

Esa tarde, Jeanne y May habían venido a cenar con Alessa y conmigo. Tenía que comunicarles mi próximo matrimonio y estaba ansiosa de saber sus comentarios. May, después de asegurarse que la boda sería antes de su viaje a Italia, se despidió con la cabeza llena de proyectos, ya que por vivir en Nueva York le sería más fácil encargarse de muchos pormenores.

Cuando Alessa y yo nos quedamos solas con Jeanne, las tres comenzamos a hablar a un tiempo. Ellas seguían convencidas de que me estaba enga-

ñando, tratando de apresurar mi boda con ese muchacho, al que apenas unos días antes nos referíamos como si "no significara nada para mí". ¿Cómo entonces había ocurrido tan inesperado cambio? Alessa se acercó a Jeanne y, al extenderle un mentolado, le susurró algo que, por estar yo al otro lado de la mesa, no atiné a comprender. Jeanne hizo un leve gesto con la boca y pareció que la larga mandíbula se la encorvaba.

—¿Viste a tus tíos este fin de semana?

Después del día que habíamos conversado en la cafetería, aquella mañana que recibí la carta de Carmen, Jeanne y yo no nos habíamos vuelto a ver; y hoy, menos de una semana después, le estaba comunicando la noticia de mi matrimonio. Ella seguía insistiendo en saber con más detalles el estado de las relaciones con mis parientes.

—Sí, fui con ellos a Washington...

—¿Viste a Enrique Alberto allí? o ¿cuando tomaste tan radical decisión?

A Jeanne no se le podía ocultar nada; había sospechado que la visita a mis tíos había producido en mí una crisis emocional hasta llevarme a aceptar tan repentinamente la proposición de mi novio. Alessa jugaba con el cenicero, sin atreverse a levantar los ojos. Ella, como Jeanne, podía ver claramente lo que estaba sucediendo dentro de mí y, sin embargo, tenía miedo a mirarme, porque ella también se sentía aprisionada dentro de la farsa. Yo seguí absorta, escuchando la voz gangosa de

Jeanne, que subrayaba con exagerado cuidado cada palabra que salía de su boca. Las tres estábamos inquietas. Todo parecía acumularse de pronto... Mi matrimonio, los exámenes, las vacaciones de Navidad... Conversamos varias horas y allí Alessa y yo comenzamos a sospechar que Jeanne también estaba enamorada del cubano "del fin de semana de Thanksgiving". Aunque casi nunca hablaba de su vida, después de comentar el romance de Alessa y mi próximo enlace, ella nos refirió con los labios clavados en el recuerdo las visitas frecuentes del "político" a su apartamento. "Sabía que no la quería, pero había algo misterioso en él que la atraía..."

Alessa se levantó violentamente de la mesa; había quedado en llamar a sus padres para comunicarle que no pasaría esas vacaciones con ellos en Méjico. Su padre era violinista y viajaba por el mundo para ganarse la vida, y Alessa ya estaba cansada de seguir la trayectoria gitana; prefería estar sola esos quince días de fiesta para pensar con calma en lo que se le avecinaba.

Méjico estaba repleto de reminiscencias para ella; su primer amor, su adolescencia, sus estudios de bachillerato, esos años que, al lado de su madre, había vivido despreocupadamente y protegida por el calor de su amor. Ahora no tenía valor para enfrentarse cara a cara con su pasado. Le tenía miedo a las sombras perdidas en el hondo silencio de los años muertos y quería darle voces a su vida vol-

cándose sobre un futuro que, aunque vacío, estaba lleno de resonancia para ella.

Jeanne se despidió de nosotras y yo subí a mi habitación, a hacer un último esfuerzo para escribirle a mi hermano Jaime.

La cama estaba todavía sin hacer, y sobre mi escritorio había una cantidad de pliegos de papel escritos y otros arrugados y llenos de borrones. La máquina de escribir, que hacía días no tocaba, estaba cubierta por una tela de polvo. Busqué entre ese laberinto la carta que había comenzado a escribirle a mi hermano la noche que había regresado de Washington. El tenía que ser el primero de la familia en saber que me casaba... ¿Vendría a mi boda? Tomé el bolígrafo y lo mordí varias veces en busca de inspiración. No sabía cómo decírselo. "Querido Jaime..., me caso con Enrique Alberto. En junio." No, no podía ser tan prosaica con mi hermano. Arrugué ese pliego y lo tiré al basurero. Ensayé de nuevo, pero todo intento fue inútil. Lo mejor que podía hacer sería llamarlo por teléfono. Le diría que me enviase dinero para irme a pasar las vacaciones de Navidad con él. Así conversaríamos largamente; le sugeriría que fuéramos a una playa para que allí, sentados en la arena, él me aconsejara...; volveríamos a revivir los veraneos de hacía quince años; no quería pasar otras Navidades sola en casa, donde únicamente los fantasmas de nuestra niñez reían con voces agrias en el día de Pascua. Ricardo no era compañía para na-

die y yo necesitaba mucho..., estaba hambrienta de algo que no fuera indiferencia. De papá, que seguramente este año tampoco vendría a casa ese día, no podía esperar mucho.

La llamada fue rápida; Jaime se alegró de saber de mí después de tantos meses de silencio. “¿Había visitado a los tíos?” “No, no podría pasar las Navidades conmigo..., había quedado en ir a festejar esas fechas con la familia de su novia.” ¡De su novia! El también... “Tal vez podríamos casarnos en una ceremonia doble”. Me felicitó por la noticia de mis proyectos de boda y, con una promesa de visitarme en febrero, nos despedimos.

Era verdad, ya estábamos demasiado organizados para buscarnos; los años, la distancia y las circunstancias habían esculpido el destino de los tres hermanos por rutas diferentes. Aunque yo me empeñara en negarlo, el pasado estaba muerto para siempre.

Había llegado el momento de salir a escena...

En todas las Residencias la “cena de Navidad” fue a las seis. Desde temprano las “artistas” se habían congregado en el sótano a pintar carteles que pregonaban con frases hechas (“Merry Christmas and a Happy New Year”, “Have a joyous Christmas”, “A merry holiday season to you”) la necesidad de celebrar las fechas que se avecinaban.

El comedor, a media luz, daba la sensación de que algo diferente sucedía. Velas verdes y rojas reemplazaban a la electricidad y sobre las alargadas mesas resaltaban las abultadas figuras de los pavos asados.

Vassar se esmeraba en alegrar a sus estudiantes durante fiestas así; quizá era el amor de esta Universidad por el tradicionalismo... el culto casi delicioso a esa estricta sociedad de Nueva Inglaterra. Vassar y sus Navidades, sus "Thanksgivings", y sus graduaciones, representaba esta América desconocida por el turista y hasta por el mismo americano... Allí, el aire desprendía un olor diferente: olor a algo sólido y sedimentado por los años.

El "grupito" de amigas cenábamos juntas por última vez ese año, antes de salir de vacaciones... Alessa, May, Pilar, Andreína, Peggy, Vicky y yo, nos sentimos inundadas de melancolía, y ésto desató una serie de confesiones tontas que seguramente más tarde ni siquiera recordaríamos.

Las luces se encendieron y los cabos de vela verde y rojo se olvidaron hasta el año entrante.

En el salón, el árbol de Navidad, centelleante de colores, traía a la mente mil recuerdos de años pasados. Cuatro años juntas y el mismo árbol seguía dentro de nosotras. La manía de la tradición volvía a morderme: no podía remediar ni siquiera mis pensamientos.

Un grupo de chicas, dentro de estrechos pantalones y con camisas rojas a cuadros, agarraron sus

guitarras y, mientras las rascaban con rabia, entonaban villancicos suaves, de esos que nos hacen llorar a la fuerza. Vassar sabía vestirse de antaño para darnos calor de hogar; y en momentos como éstos se olvidaban los libros ajados por noches de insomnio, la biblioteca, las aulas cuadradas, y un pedazo de vida flotaba entre esas viejas paredes.

Los "House fellows" (1) y sus hijos servían chocolate caliente y café a las alumnas; en las esquinas, chicas sentadas en grupos de tres, cuatro o seis, mascullaban sílabas entre sorbos calientes y galletas dulces.

Más tarde, otro grupo de chicas, con jerseys amarillos y faldas grises que modelaban sus rígidas caderas, anunciaron su entrada en la residencia con cantares navideños.

La festividad era dueña de nosotras; el aire estaba inquieto y el "campus" hacía alarde de su redonda belleza. Por los numerosos callejones se escuchaban voces que canturreaban lo mismo, y en medio de ese canto llano se elevaba, con cuadritos blancos, la torre de Jewett House, una de las diez Residencias que pueblan el "campus".

Fuimos al cuarto de Pilar y, más tarde, en toda la Universidad se oyeron cantares españoles y el amarillo sonido de la pandereta. Ebrias de Navidad, recorrimos a pie cien años de Historia encerrados dentro de la tierra. Presente y pasado, pasa-

(1) Profesores que viven en las Residencias.

do y futuro: el tiempo a brochazos. Noyes House, la ultramoderna y semicircular residencia; Chicago Hall, el "edificio de las lenguas", donde mecánicos magnetófonos, micrófonos, tocadiscos, pupitres de "plywood" y cuadros de Picasso y Gris entran dentro del cúbico sistema de enseñanza moderna. Y ahí, en el mismo "campus", el Vassar romántico de los años de Secesión: capiteles corintios, archivoltas góticas, arcos románicos y rastros de enérgicas chicas feministas enfundadas en delicados vestidos de gasa blanca.

La Navidad se acercaba; estábamos en pleno invierno y el frío calaba hasta los tuétanos. La noche era lo único que se escuchaba y la vieja pande-reta se fue a esconder al cuarto de Pilar.

* * *

El viernes que salíamos de vacaciones yo no sabía aún en dónde pasaría esos días. La noche anterior había hecho mis maletas, que aguardaban silenciosas y oscuras en un rincón de mi habitación. Esa mañana, mil cuatrocientos rostros de mujeres se cruzaban sonrientes por el "campus" de la Universidad. El sol resplandecía con bríos adolescentes, y esa alegría navideña se me metió en el cuerpo, haciendo desaparecer todo lo que me había preocupado hasta robarme el sueño. Me marché a las clases segura que encontraría una solución a mi

problema y que, por la tarde, cuando el alumnado se perdiera tras el horizonte bordeado de nieve, yo me alejaría sonriente como ellas.

Efectivamente; una sorpresa me esperaba cuando regresé a la Residencia. La portera me comunicó que alguien me aguardaba en el salón. Deposité los libros y el porta-folio que traía en las manos en el cuarto donde solíamos guardar los abrigos y, después de peinarme un poco, me encaminé hacia el inmenso salón blanco, que ahora estaba decorado con el tradicional arbolito de Navidad, que brillaba alegremente repleto de luces de colores, pero que bien pronto quedaría solitario.

La reconocí al instante, aunque estaba de espaldas; me acerqué a ella haciendo el menor ruido posible, echándole los brazos al cuello. ¡Carmen, mi Carmen querida!... Ella era como un brujita que se enteraba de todo lo que sucedía en mi vida. ¿Cómo había averiguado que precisamente ese día comenzaban mis vacaciones? Se acordaba de cuantas cosas le contaba.

Subimos a mi habitación; ella me ayudó a limpiar el cuarto y entre las dos hicimos la cama, desenchufamos los artefactos eléctricos y cerramos herméticamente las ventanas, como lo ordenaba el Reglamento.

Carmen había traído el coche, así que fuimos en busca de Alessa para llevárnosla con nosotras, pero ella, muy cortésmente, se negó a nuestra invitación. Quería estar sola y nosotras respetamos sus

deseos. Ya para partir, me acordé que no me había despedido de Jeanne, con quien había quedado en reunirme durante las fiestas, si decidía quedarme en Nueva York y no ir a casa. Ella salía en esos momentos, así que se limitó a decirme que al llegar me llamaría por teléfono a casa de mis tíos.

Como todavía no habíamos almorzado, Carmen y yo hicimos un alto en la carretera, en el mismo "Howard Johnson's" donde Jeanne y yo nos habíamos encontrado con la viejita aquella tarde otoñal, en vísperas del "día de acción de gracias". Carmen era otra mujer; desde la noche que Enrique y yo les habíamos comunicado la noticia de nuestro matrimonio, ella no había hecho otra cosa sino planear, planear y planear...

—*Sabés*, "chinita", que Antonio ya le escribió a tu padre..., yo tuve que insistir varias veces... ya *conocés* a tu tío, es un perezoso.

—¿Y?

—Aún no hemos recibido contestación. Probablemente Ernesto debe estar todavía en Río de Janeiro.

—Es verdad. Jaime, cuando le llamé el lunes pasado, me dijo algo de eso.

—Enrique Alberto vendrá a pasar las Navidades a Nueva York. Lo llamé para invitarlo a la cena de Navidad... Se mostró contentísimo. ¿Y vos? ¿Estás tan contenta como él?

¡Cómo podía dejar de estarlo!... Carmen pensaba en todo lo mío con especial interés. Su gesto

de venir a buscarme era testimonio de sus delicadezas para conmigo. Una vez yo le había mencionado que no deseaba ir a casa para Navidades, pero de eso hacía ya más de un mes... Acerqué mi mejilla a la suya y la besé con toda la devoción que sentía por ella.

—Tía, ¿verdad que ahora sí somos todos felices?

—Ya te lo había dicho yo. La experiencia, hija mía; la experiencia...

Ella se había propuesto crear “la familia feliz” de tres seres solitarios y había logrado su propósito. Todo ese desasosiego que antes había existido en ella había desaparecido y esos inmensos ojos grises ya nunca tendrían motivos para empañarse.

La tarde, que en un principio se había bañado de una luz tenue, se puso azul, y así, en diálogos silenciosos, acompañamos al sol, que iba preparando su lecho.

* * *

Carmen y yo llegamos a la casa de “Park”, que nos esperaba brillante de luz. Antonio no había llegado aún de la oficina, así que entre las dos nos dedicamos a sacar mi ropa de las maletas y a acomodarlas en el ancho armario de Carmen. Ella fue doblando las piezas interiores con inmenso cuidado. Llamó a la Lala y le entregó la ropa, que debía ser planchada “al tiro”. Una vez más “El leopardo” gruñó, mostrando sus amarillos dientes. Cuando se retiró, Carmen, sonriente, añadió:

—¡Pobre mujer! Nunca ha podido perdonar a Antonio por haberse casado conmigo. Cree que él me arrancó de todo lo mío contra mi voluntad. ¡Imaginate, contra mi voluntad!

Siguió arreglando mi ropa en el armario y, cuando yo casi me había olvidado por completo de la existencia de la criada, mi tía volvió a mencionarla.

—Cuando pasen las fiestas, la mandaré a Buenos Aires. Ya está muy vieja y es hora de que descanse.

—Sí, creo que la última vez que estuve aquí me dijiste algo de eso.

La voz de Antonio, que pedía un vaso de agua en la cocina, nos anunció su llegada. Carmen dejó lo que estaba colgando en esos momentos y corrió junto a su marido.

—Pero, tú aquí, ¿mujer?... Creí que irías a buscar a la sobrina, como habíamos quedado esta mañana.

—A veces *sos* bobo, ché. La sobrina y yo llegamos hace casi una hora y hasta ya está instalada. Para que *veás* que no perdemos el tiempo.

—Y ella..., ¿por qué no sale a recibirme...?

Pude escuchar sus últimas palabras claramente y me acerqué a la cocina, abrazando a mi tía por la cintura. A él lo saludé sin acercarme mucho.

—¿Cómo está, tío? No había salido antes para que Carmen le diera la noticia. ¿Qué está haciendo usted con su esposa, que cada día se ve más joven?

El captó el tono de mi mensaje entre líneas y

dando media vuelta, fue a sentarse cerca de la chimenea. Pero antes apagó algunas luces, dejando la casa en penumbra. Carmen y yo le seguimos y, acercándome a él, ya sin el temor del primer encuentro, le tomé la cabeza por detrás, forzándole a que me mirara.

—Tío, así con los ojos al revés, se ve usted muy guapo.

Mi ocurrencia hizo sonreír a Carmen y a él a un tiempo, y yo llamé a mi tía para que viese a su marido en esa posición, tan ridículamente graciosa.

¡Qué contenta me sentí ese día! Tenía deseos de cantar, de bailar, de reír y de detener el tiempo. Puse algo de mi predilección en el tocadiscos y me senté en un banquillo entre Carmen y Antonio.

—Tío Antonio, me dijo Carmen que ya usted le había escrito a mi papá. ¡Cuánto se lo agradezco! Desde luego, ustedes dos van a ser primeros padrinos en la boda, ¿verdad que sí?

—Déjale eso a tu tía. Hace años que no entro en una iglesia y no pienso hacerlo por nadie...

—*Dejáte* de hacerte el ateo interesante. Bien sabes que serás su padrino. Nosotros somos como sus padres... Y un padre nunca se niega a los deseos de su hija cuando ésta va a casarse.

—Mujeres, ¡por Dios!... ¡dejen ya de hablar de eso! Ahora las Navidades están aquí y yo las convidado al campo para que vayamos a comprar el arbolito.

La idea de José Antonio la aprobamos, llenas de

entusiasmo. Fuimos en busca de los abrigos y Carmen le trajo a su marido unos zapatos viejos, para que en la búsqueda del pino no ensuciara los negros y relucientes mocasines que llevaba puestos.

Ya enfundados los tres en los abrigos de lana y con la cabeza cubierta con bufandas gruesas, salimos a la calle. Carmen, al principio, se quejó del frío, y José Antonio y yo nos reímos de ella, por ser tan alérgica a los rigurosos inviernos neoyorkinos.

—Esta mujer mía nunca salió de Buenos Aires. Casi veinte años, y medio mundo que hemos recorrido juntos, y a lo único que se aclimata es a las temperaturas de su terreno porteño.

Carmen y yo sonreímos con el comentario de Antonio. No cabía duda de que lo que él decía era verídico. Mi tía jamás dejaría de ser argentina. Tantos años fuera de su patria y aún daba la impresión de que acabase de desembarcar.

* * *

Los comercios, que estaban abiertos aún a esas horas de la noche, rebosaban de gente que compraba aguinaldos para sus familiares y amigos. Ahí se veían niños con las narices empañando las vidrieras y soñando con un juguete demasiado caro quizá; madres con gesto angustioso que, por falta de unos cuantos dólares, tenían que renunciar a la muñeca de los ojos azules que su hija había encargado en su carta...; abuelos con gruesos bigotes

blancos salían apresuradamente de los almacenes, apretando con amor el regalo para el nieto. Y... nosotros íbamos en busca del pino que simbolizaría tantas y tantas cosas este año en el hogar de mis tíos...

El aire de la Navidad se respiraba por dondequiera.

De los amplificadores colocados en algunas de las esquinas y de los coches, salían voces suaves que entonaban dulcemente alegres villancicos:

Silent night.
Holy night...

Noche de paz.
Noche de amor...

En la atmósfera se respiraba algo indescriptible; ese algo que llega solamente una vez al año, regando de paz el mundo.

Hasta de los faroles de la luz, siempre escuetos y sobrios, pendían ahora guirnaldas verdes con tintes rojos, engalanando las calles con ropaje de fiesta. En las puertas de todos los grandes almacenes, mujeres y viejos del "Salvation Army", ataviados con largas capas oscuras, entonaban viejas canciones al compás de un desentonado acordeón, mientras extendían una ahuecada bandeja de hojalata que, poco a poco, se iba llenando de monedas de plata. ¿Por qué me detenía a mirar ahora todo lo que tantas otras Navidades casi evitaba mirar? Las vitrinas exhibían tentadoramente, como todos los años, pero hasta hoy yo no gozaba admirando el

muestrario de novedosos juguetes y figurillas que, colocados artísticamente, hacían de cada una de ellas una historieta fugada del más fantástico cuento de hadas.

Era maravilloso ver las calles inundadas de gente que, cargada de paquetes de diversos colores, caminaba rápidamente entre el tintineo de las campanillas menudas y del chillido de las voces infantiles, que en esos días viven el delirio fantástico de los sueños que morirán mañana para no retornar.

Todos los que ahora circulábamos por la inmensa urbe neoyorkina, habíamos esperado anhelantes un día esa significativa noche en que se rinde tributo a los niños. Unos habíamos recibido muñecos y soldados, pitos y trompetas, sombreros y espadas, hasta saciar las ansias de nuestra ambición infantil. En cambio, otros, podían verse todavía, ahora de adultos, empañando los cristales mientras codiciaban el juguete que la fortuna les había negado.

Pensaba en todo esto cuando llegamos al sitio para elegir el pino. Carmen prefirió quedarse dentro del coche, porque su cuerpo no había logrado entrar en calor, a pesar del grueso abrigo que la protegía, y yo me quedé haciéndola compañía, mientras José Antonio se alejó con el hombre regordete y canoso que mostraba con pericia a la clientela su mercancía verde.

La elección no le tomó mucho tiempo, lo que fue muy oportuno, porque comenzó a nevar. Tendría-

mos Navidades blancas, y eso completaría el cuento que vivíamos todos los años con el sabor del que desea revivir un sueño después de haber sido alcanzado por la realidad.

El viaje de regreso fue cansado; Carmen no hacía sino quejarse de lo mal que le sentaban los inviernos norteamericanos, y cuando llegamos a casa se separó de nosotros, pidiéndome que acompañara a Antonio mientras él hablaba con el portero, para que éste se encargara de subir el largo árbol navideño. La vi desaparecer tras la gruesa puerta marrón del ascensor y él y yo nos quedamos a solas por primera vez después de mucho tiempo. No sabíamos qué decir y me separé de Antonio lo más posible. ¡Qué ansias tenía de volver a ver a Enrique Alberto!

Estaba absorta, analizando las figuras de alabastro del vestíbulo, cuando sentí en mi cintura el contacto doloroso de unos dedos que ceñían mi carne. Dí un salto y un leve grito se fugó de mi garganta. Con un gesto, mezcla de miedo y vergüenza, me desprendí de sus fuertes brazos y, con la respiración alterada, murmuré algo incomprensible, protegiéndome dentro del ancho ascensor, donde la figura de Carmen había estado hacía pocos minutos.

La Lala nos esperaba con la comida servida, y con cierta malicia me preguntó por mi tío. No quise responder y me limité a decirle que no cenaría..., me sentía mal. Jeanne me había llamado;

me habría gustado hablar con ella en ese momento... Lo haría mañana.

Corrí al dormitorio de mi tía. Ella estaba ya debajo de varias gruesas mantas y tomaba a pequeños sorbos una taza de té caliente. Al verme venir tan apresurada, soltó la taza y su voz cobró un tono de preocupación:

—¡Hija! ¿Estás descompuesta? ¿Te ha pasado algo?

—Sí, de pronto me he sentido mala; pero no hagas ese gesto, tía, que debe ser el frío. Es tan sólo un leve dolor de cabeza. ¿Me das una aspirina, por favor?

—¿*Querés* un coñac, para calentarte?

—Una aspirina será suficiente, gracias.

Me dio lo que le pedí, me puse el pijama rápidamente y me metí debajo de las sábanas de mi cama, o sea la cama de Antonio —que era donde yo dormía cuando los visitaba—. Carmen insistió en conversar un rato y yo, por no llevarle la contraria, le seguí el hilo de lo que ella trataba de decirme. Sólo recuerdo que mencionaba a Enrique Alberto y los planes que tenía para festejar la Nochebuena.

La noche, que había comenzado llena de claridad, se había apagado. ¡Qué fugaces son los momentos de dicha! Yo debería saberlo, pero esa noche, no sé por qué, la espina se me clavó más hondo. Pero no, no lloraría... ¿Para qué?

A la mañana siguiente me desperté después que

Carmen ya se había marchado a la calle. Como suele suceder después de haber dormido, el descanso había sido el bálsamo para olvidar lo sucedido la noche anterior. Todavía me quedé largo rato des-perezándome bajo las sábanas. No volví a la realidad hasta que la vieja Lala entró en la habitación para preguntarme cuándo se la iba a dejar libre para limpiarla. "Dónde estaba mi tía". "Ella había salido desde muy temprano de compras, sólo Antonio estaba en casa y tampoco él daba indicios de querer amanecer"... "Los Montero-Mendoza éramos unos desconsiderados."

Me bañé, echándome encima todas las sales perfumadas que encontré en la repisa de la sala de baño, y salí al salón, donde Antonio ya trabajaba afanosamente atornillando el pino dentro del pie de hierro que lo sostenía erecto durante los diez o quince días que durarían los festejos. Nos saludamos ignorando la escena del vestíbulo, desayunamos juntos y, mientras tomábamos café, conversamos sobre el libro que él estaba leyendo. Me pidió que saliera con él esa tarde a las tiendas para comprar el regalo de Carmen: sería un collar de perlas que había encargado a "Tiffany's" (1). Era un sueño que Carmen deseaba realizar y José Antonio quería regalárselo en nombre de los dos. Acepté gustosa la invitación y, tomados del brazo, nos le-

(1) La más prestigiosa y renombrada joyería de Nueva York.

vantamos de la mesa para seguir en la faena de plantar el pino.

Para animar el ambiente puse en el tocadiscos algunos villancicos españoles que me había regalado una amiga. Me senté en la alfombra y Antonio me imitó. Así nos encontró Carmen cuando, media hora después, entró, cargada de paquetes.

—Tía querida, ¿cómo estás? Felices Pascuas... anticipadas.

Dejó sus compras sobre la mesa redonda donde estaba mi retrato y nos abrazó a Antonio y a mí a un tiempo.

—Felices Pascuas, dormilones. ¿Hace mucho que se levantaron?

A un tiempo los dos gritamos un “sí, hace hoooras...”

Carmen se veía muy bien y aparentemente el enfriamiento que había sufrido la noche anterior no le había afectado. Se desvistió y, una vez en bata, los tres nos pusimos a decorar el perfumado arbolito. Esa mañana ella había comprado cuatro juegos de luces y muchos adornos de diversos colores, que centelleaban con el reflejo del sol o de las luces artificiales. Antonio se encaramó encima del taburete blanco de la cocina y, haciendo más maromas que un equilibrista de circo, logró prender la estrella blanca en la rama más alta del pino. Entre los tres colocamos las iluminaciones y las guirnaldas que acababa de comprar mi tía.

Estábamos trabajando afanosamente, dándole

los últimos toques a “nuestra pequeña obra de arte”, cuando la Lala nos anunció que Enrique Alberto había llegado. El salón, lleno de papeles, guirnaldas, cordones eléctricos, muñecos de cartón, adornos de colores, etc. ¡Qué laberinto! Carmen, en bata; José Antonio, con un par de pantalones viejos y una gorra de esas que usan los jugadores de golf, y yo, en “toreadores” y sin zapatos, formábamos un trío de lo más ridículo.

Enrique Alberto, después de abrazarme, se quitó la chaqueta y, remangándose la camisa, se puso a trabajar a la par nuestra. Los cuatro bailamos, cantamos, hicimos chistes y reímos hasta que la Lala nos avisó que el almuerzo estaba servido.

No pudimos comer mucho. La ilusión que teníamos con el programa de la noche era tan grande, que no estábamos para saborear la carne fría que el “leopardo” nos había preparado esa mañana. Enrique Alberto estaba también contagiado por la alegría navideña y, mientras estábamos en la mesa, no hacía sino tomarme la mano y apretármela levemente para demostrarme su felicidad. Le expliqué a mi novio que había quedado con mi tío en salir a comprar el regalo para Carmen y él comprendió perfectamente. A su vez, le propuso a Carmen que le acompañara para elegir con ella algo que deseaba regalarme.

Los cuatro desaparecimos como por arte de magia después de la última cucharada de postre y, cuando volvimos a reaparecer, éramos otros.

Carmen tomó del brazo a Antonio y yo a Enrique, y así salimos por la puerta, hechos unos bólidos.

A Carmen y a mi novio los dejamos frente a "Lord and tailor's", un almacén de la Quinta Avenida, y nosotros estacionamos el coche cerca de allí para caminar hasta la joyería, que no nos quedaba muy distante.

Era un día típico de invierno y apenas brillaba el sol; el viento soplaba lleno de fuerza y ese latigazo nos azotó con furia.

De pronto, José Antonio se paró y, poniéndome la mano en el hombro, me miró fijamente:

—Hemos llegado. ¿Por qué senderos viajabas?

Era la oportunidad, que venía a nuestro encuentro para aclarar mil cosas, pero entonces estábamos demasiado cerca para hablarnos y demasiado lejos para escucharnos.

—Estaba pensando en la discordancia del clima con la festividad del ambiente. Por qué las Navidades no serán en primavera.

—En Buenos Aires son en verano.

Verano..., en verano me casaría.

Había tanta gente que, para protegerme de la baraúnda que avanzaba a pasos enormes, me agarré fuertemente del codo de mi tío. Así juntos entramos a la elegante joyería.

Un dependiente joven y sin mucha experiencia en el negocio nos atendió. Como el collar había llegado apenas esa mañana de Europa, todavía no ha-

bían tenido tiempo para examinarlo. El encargado del negocio se acercó con mucha reverencia a nosotros. Era un viejo de porte aristocrático, con la piel muy blanca y los cabellos ligeramente canosos en las sienes. Hasta la manera acompasada de caminar demostraba que su vida pertenecía al alto mundo de las joyas. Abrió con maestría el papel que envolvía el paquete y colgó las perlas entre sus dedos con afectada devoción. ¡Eran perfectas! Veinticinco perlas cuidadosamente escogidas formaban un conjunto maravilloso: “dignas de una reina”.

Al principio creo que el joyero pensaba que el collar era para mí, y estoy segura de que se sintió decepcionado al ver mi cara tan impávida ante las perlas. Las joyas nunca me han quitado el sueño. Nos despedimos, y el dependiente inexperto, que tenía gran destreza para envolver paquetes, nos preparó el regalo de Carmen. Entre Antonio y yo escogimos el papel más apropiado y la cinta color plata que adornaría la cajita rectangular.

* * *

Después del incidente del collar, tengo todo revuelto en mi mente. Recuerdo que fuimos al “Plaza”, a reunirnos con Carmen y Enrique Alberto, pero no podría precisar de qué hablamos. Sólo sé que Enrique Alberto confirmó la reserva que tenía en el Hotel para ese día, el siguiente y para la Nochevieja.

La fiesta de Navidad también está difusa en mi memoria. Los cuatro, además de Eduardo y Laura, los argentinos que habían celebrado el "Thanksgiving" con nosotros, estuvimos bailando y cantando villancicos hispanoamericanos y, a las doce, como buen hogar burgués, brindamos por "la paz del mundo" y "la felicidad de los presentes". Carmen me tomó en sus brazos y, con un beso tierno, me susurró un "gracias, hija mía" que le salió del alma. Yo tomé entre las mías esas manos largas, que tanto amaba, estrechándolas contra mis labios. Luego me desprendí un momento de Enrique Alberto para suspender mis brazos en el cuello de mi tío. Su cuerpo musculoso, que me apretaba, me invitó a acercarme más a él. Lo besé, mientras mi prometido me esperaba impaciente para felicitar me... Las próximas Navidades las celebraríamos con mis tíos también..., ya Enrique y yo estaríamos casados y así el grupo sería más completo.

Había llegado el momento de ver los regalos. Antonio y yo nos miramos en silencio: Carmen dejó para lo último el aguinaldo de su esposo. Se escuchó un gemido cuando acarició las perlas de sus sueños. Quince años de su vida circularon alrededor de ella en el espacio de segundos. Se arrojó a los brazos de su marido y lloró como una niña ante su primera joya. Había recobrado todo lo que hacía menos de un mes creía perdido para siempre.

* * *

Esa noche, Carmen me pidió que durmiera en el estudio de José Antonio. En verdad, yo se lo hubiera sugerido sin que ella me lo pidiera, porque mi novio y yo, después que los invitados se despidieron, nos marcharíamos a bailar a cualquier sitio, como lo habíamos planeado.

Yo abrigaba la esperanza de que esa noche todo volviera a su normalidad entre Carmen y mi tío. Al salir pude ver que la casa quedaba en penumbra, la oscuridad era la cómplice de ambos y mi tía era una mujer que llamaba al amor.

* * *

El treinta y uno llegó un cable de papá felicitándonos y dando su consentimiento para la boda. Dos días antes habíamos recibido tarjetas de Jaime y de Ricardo. Todos estaban contentos. "Enrique y yo formaríamos una pareja perfecta."

Ellos y yo nos cobijamos bajo la alegría temporal de esas fiestas para engañarnos. En apariencia, formábamos la familia "feliz" del sueño de Carmen; ella quizá lo creía así, pero José Antonio y yo teníamos que aceptar la realidad. En principio, él y yo también quisimos jugar a que nuestro cariño era una inocente comedia para alegrar a Carmen; yo me sentí segura porque mi intenso afecto por ella era tal como se lo manifestaba, pero el velo que cubría la farsa fue descorriéndose lentamente, a pesar de todo el empeño que puse por evitarlo.

El ayer se metió en el hoy y me hizo cerrar los ojos para el mañana. La única realidad que no podía seguir negando era que estaba enamorada de Antonio y que todas las personas, las cosas reales o temporales, como las luces y campanas navideñas, cobraban vida solamente cuando Antonio estaba a mi lado.

¡Luz y oscuridad en el amanecer de cada nuevo día! Antonio y yo nos buscábamos a todas horas, y aunque seguíamos cubriendo las apariencias, bastaba una mirada o un leve contacto para comunicarnos y expresar lo que frente a Carmen debíamos callar.

CAPÍTULO IV.

El tiempo despedía al año envuelto en un brumoso ropaje gris, a pesar de los blandos copos blancos que, desprendiéndose del cielo, flotaban en el espacio como confeti de cristal.

Yo había visto entrar el día por la ventana después de una angustiada noche de insomnio. Traté de serenarme, pero fue en vano. Antonio me había rogado que hablásemos a solas y le había prometido buscar la ocasión; tenía que ser hoy, porque estaba decidida a dejar el hogar de ellos para siempre.

Si Carmen seguía aferrándose en no ver, yo no debía hacer lo mismo. Mi devoto afecto por ella no había sido suficiente para ponerle un dique al arrollador amor en que Antonio me tenía cautiva... Debía irme..., huir de todos; debía romper mi compromiso con Enrique Alberto, porque él también estaba tratando de ponerle nombre a un amor que no era nuestro ni nunca lo sería.

Me levanté de la cama evitando que Carmen se despertara. Me dolía la cabeza y sentía los ojos secos e inflamados, como cuando se llora ante un imposible.

Antes de salir de la habitación volví a mirar a Carmen; su respiración acompasada me indicó que dormiría profundamente un rato más.

Me dirigí al salón, estaban las cortinas corridas y en un principio me extrañó ver leños encendidos en la chimenea; pero todo lo adiviné al distinguir la figura de Antonio iluminada en esos momentos por una violácea llama. El estaba sentado frente al fuego, la cabeza baja, la mejilla apoyada en la mano y el codo descansando en el muslo derecho. Me acerqué a él, le tendí mis manos y vivimos el sueño de un millón de besos.

—Gracias por haber accedido a mi ruego... Anoche casi no he podido dormir...

—Y... “te dormiste conmigo en los labios”...

Los dos sonreímos nerviosamente y, tomando mis manos de nuevo, me atrajo hacia él.

—Ven, siéntate aquí..., muy cerca... Dondequiera por un segundo podamos vivir este amor que me ha vencido... ¡Perdóname! Perdóname, si puedes; yo me desprecio. (Recuerdo lo ronca que sonó mi voz al responderle que yo también estaba vencida y que mi amor por él era más fuerte que yo, más fuerte que cualquier reflexión..., pero que también era un imposible.)

Allí estábamos los dos frente a frente, confesándonos, por fin, nuestro mutuo amor y, sin embargo..., ¡cuánta amargura y cuánta tristeza había en nuestro derredor!...

De pronto, llamamos los dos; fue un silencio lle-

no de misterio, como se escuchan las mudas voces que habitan en los templos.

Me levanté para despedirme de Antonio. Le dije al oído que esa noche rompería con Enrique Alberto... No me permitió terminar. Perdiendo todo dominio, me tomó entre sus brazos y comenzó a besarme con desesperación. Me estremecí, y todo fue una mezcla de dolor y armonía absoluta...

Haciendo un esfuerzo mayor del que me creía capaz, separé a José Antonio, rogándole más con los ojos que con la palabra una ayuda que no podía esperar ni de él ni de ningún otro sér.

—No, José Antonio, este es un adiós definitivo.

La presencia de la Lala se sintió en el salón como un rugido de leopardo herido. En esos momentos Antonio se dirigía hacia su estudio y yo comencé a mirar una revista.

—El desayuno está servido. ¿Ha salido la señora?

Le respondí, sin levantar la mirada, que Carmen dormía y que evitara los ruidos innecesarios.

* * *

Como lo temía, Enrique Alberto llamó a las seis. "Había viajado durante las últimas doce horas para estar conmigo ese día, y él siempre llegaba puntual." El debió haber palpado mi indiferencia, porque nada hice para evitarla; su voz sonó extraña, no quería verle y menos aún acercarme a él; pero esto no le preocuparía, ya estaba acostumbra-

do a mi carácter temperamental, "como él decía"; eso era propio de mi sexo. Lo importante era que, por muchas razones, él y yo formaríamos una pareja bien equilibrada ante aquellos que formarían nuestro mundo. Además, yo le gustaba como mujer, me quería para su esposa y, después de casados, nuestros caracteres se amoldarían. Luego, los hijos se encargarían de llenar ese vacío, del que tantas veces yo le había hablado sin encontrar eco. ¡Enrique Alberto, yo pude haberte amado, pero en aquella época, ya tan lejana, tú dejaste que el amor pasara de lejos y ahora, aunque corriéramos mucho, nunca le daríamos alcance!

Colgué el auricular sin haber respondido a ninguna de sus respuestas. Sí, iría donde él quisiera; me pondría la máscara de payaso y reiría al compás de las horas que esa noche morían.

Cuando Enrique Alberto se presentó en la casa, me encontró tirada sobre la alfombra, manoseando las delgadas hojas de un libro. No me levanté a saludarle; se acercó a besarme y bruscamente me arranqué de él; repudiaba hasta su aliento... "No, no quería hacer nada esa noche." Estaba harta de festejos vacíos..., de gente tonta..., de muñecos de cera... y de viejas parlanchinas. Quería estar sola; perderme entre una multitud de luces blancas y ahí soñar mi vida y olvidar el eco que me atormentaba.

Enrique no podía comprenderme. ¿Cómo podría lograrlo si nunca lo había intentado? ¿Cómo iba a

cambiar ahora y por qué motivo? Debíamos salir, embarrarnos de gente, oír chillidos y celebrar el año que iba a nacer... o el que iba a morir.

En la alcoba, Antonio le rogaba a Carmen que convenciera a Enrique para que los cuatro saliésemos juntos esa noche, pero, por primera vez, ella se negó a sus súplicas. “La sobrina y su novio debían estar solos”... “y ellos también”.

¿Para qué? ¿No estábamos solos ahora? ¿No vagamos, perdidos en la oscuridad, refugiándonos en las sombras del viento?

Una llamada de Jeanne me sacó del mutismo.

—¿Alló?, esta noche nos vamos a reunir un grupo en mi apartamento.

—¿Sí?...

—Te espero con Enrique, si quieres venir.

Enrique acogió con entusiasmo la invitación de Jeanne; pensaba, quizá, que lo que yo necesitaba era la compañía de gente joven. Al lado de mis compañeras volvería a ser la misma...

Me demoré en vestirme; la ropa me rallaba la carne y quería aprovechar cada segundo para escuchar la voz de Antonio, aunque fuera solamente de lejos. Carmen se arreglaba, ilusionada para salir con su marido esa noche. ¡Pobre! ¿Es que no tenía ojos para ver que lo que había muerto estaba muerto para siempre y que ni ella ni nadie podía evitarlo? Me buscó, trató de entablar conversación conmigo, pero yo no podía fijar mi mirada en su alargado rostro; me desgarraba el corazón verla

mendigar cariño; yo también había sido vencida por el amor y por la vida. Mañana, con el Año Nuevo, me alejaría de esta casa; me perdería en las horas redondas del pasado..., me dejaría remolcar por las circunstancias hasta esculpirme una vida nueva.

La voz de Antonio volvió a repicar en mí; buscaba la novela que hacía unos minutos yo hojeaba, y le mandé a decir que estaba sobre la repisa de la librería. Escuché sus firmes pisadas cruzando el salón y supuse que se sentaría a leer en su rincón favorito cerca de la chimenea... Allí nos habíamos sentado juntos por primera vez la noche que nos conocimos, y allí...

Cuando logré vestirme, faltaban a penas unos minutos para la medianoche. Enrique me tomó el rostro entre sus manos, forzándome a mirarle, y con gran ternura me ayudó a poner el abrigo. Su ternura me hizo daño. Iríamos a "Times's Square" (1) a recibir el año y, después, a casa de Jeanne. Sí, cualquier cosa sería lo mismo; quería salir de allí lo antes posible, antes de que Carmen saliera del cuarto de baño, así no tendría que abrazarla y podría despedirme de lejos. A Antonio le extendí la mano:

—Adiós, Antonio. Feliz Año...

—Feliz...

(1) Plaza donde tradicionalmente se recibe al Año Nuevo.

No pudo terminar la frase; se excusó y yo me alejé con Enrique... Un minuto más y no hubiera tenido el valor para seguir fingiendo.

* * *

Centenares de personas se habían congregado alrededor de la plaza a contar los últimos segundos del año. Diez, nueve, ocho... Enrique me tenía asida del brazo; yo me sentía mareada de oír tantas voces, de ver a tantas caras hacerle muecas al tiempo; de presenciar la angustia humana por sujetar una existencia sin sentido. El recuerdo de Antonio rebotaba, absorbiendo mi sér... Una pareja joven que estaba a nuestro lado se amarró en fuerte beso, y un niño encendió un cohete, que hizo saltar a una vieja nerviosa que se recostaba contra un esquelético farol, mirando a todos sin estar con nadie.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., seis campanadas que doblaban por el año que fallecía o repicaban por el que se iniciaba. Mil sueños, viejas ilusiones de fantoche de sainete iban encarcelados en cada golpe del reloj. Enrique me tomó en sus brazos y yo me dejé acariciar como un muñeco de trapo. Siete..., ocho..., nueve... El año se había metido en la eternidad... Once..., doce. Se oyeron gritos; la muchedumbre empezó una danza grotesca, que nos acarreó forzosamente por las iluminadas calles: "Happy New Year... "Feliz Año..." "Feliz..." Y ante la aglomeración de cuerpos se

escabulló la figura encorvada de un ciego que se abría paso con un rudo bastón de madera.

Pi, Po, Pe, Po... Fi, Fi, Fa... Ton, Ton, Ton...

Pitos y tambores rechinaron por el aire... Doce campanadas, doce horas, doce meses... La simetría del tiempo bailaba con los hombres, devorándoles su historia.

* * *

En el estrecho apartamento de Jeanne, las parejas, apretujadas, bailaban a media luz. Jeanne, en brazos del cubano, apenas si se movía al danzar; era toda sensualidad esa noche. Un mechón de cabellos sobre su hondos ojos; los labios, sin pintar; la espalda, descubierta. Me saludó cariñosamente: "Estábamos en nuestra casa; podía comer y tomar lo que quisiera."

Enrique me preparaba un "Daikiry" cuando vi aparecer a Alessa del brazo de Fernando. Ella también me había divisado y, soltándose de su compañero, se dejó venir hacia mí, cubriéndome de besos la mejilla.

—¡Me casé ayer!

No atiné a comprender lo que me quería decir, y le rogué que repitiese las mismas palabras con más calma. Efectivamente, la noche anterior ella y Fernando se habían casado; esa mañana habían llamado a los padres de ella para comunicárselo.

¡Alessa casada!... Jeanne en brazos del cubano que no la quería; Enrique Alberto esperándome in-

móvil... y Antonio... palpitando dentro de mí hoy, mañana y siempre. Cerré los ojos y me apoyé en los hombros de Alessa. No, no podía ser que la vida se hubiera transformado en una pesadilla, en una alucinación, en un delirio como por obra satánica. Alessa sólo me miraba con los ojos empañados de lágrimas. ¿Por qué, Alessa?... ¿Por qué te habías propuesto destruir tu vida?... ¿Por qué ese afán nuestro por correr sobre la línea del horizonte?... ¿Es que no existía un mañana?

Alessa no volvería a Vassar. “No podía resistir el calvario de sentirse nada; impotente ante las circunstancias que la rodeaban; tenía que romper su suerte; sentía la necesidad aguda de enfrentarse a la vida...; de descubrirse...; de saberse vivir...” Y así, se envolvió en un millar de términos, tratando de justificar su boda con Fernando. No tenía necesidad de eso, la entendía perfectamente. Ella, como yo, se había contagiado del mal mortal de nuestra generación y de todas las generaciones del mundo. Cuatro años juntas; años en que protegidas por las murallas de la niñez no habíamos sentido el roce de la vida..., luego, de pronto, todo se había derrumbado como un castillo de arena en una tarde ventosa. Juntas nos habíamos jurado no ceder a la mediocridad; no nos dejaríamos arrastrar por lo vulgar..., ¡idealismo juvenil! En nuestra inmensa ignorancia habíamos querido reformar al mundo embriagándonos de insaciables delirios de superación; pero el tiempo, como el año que aca-

baba de morir, pasa y todos terminamos sepultados bajo la misma tierra... Alessa casada, ¿y yo?... Yo había enfangado mi alma dentro de la más banal de las mediocridades.

* * *

Le extendí la mano con afecto y salí del coche. El me siguió en un último esfuerzo por detenerme:

—Dime qué debo hacer para que tú me quieras... Haré lo que me digas.

—Es inútil, Enrique. ¿No comprendes que el amor no puede ser sujetado a los convencionalismos de nuestro raciocinio? El amor está por encima de todo; no es cuestión de hacer o de no hacer; tú y yo no podemos seguir engañándonos; mejor que sea ahora y no más tarde. Entiéndeme. ¿No ves que entre nosotros nunca ha existido amor? ¿Atracción física...? Tal vez.

Seguí hablando pausadamente para adentrar mis palabras con la fuerza y sinceridad que nuestro adiós requería. Debía marcharse una vez por todas de mi vida..., debíamos ponerle punto final a esta comedia. Yo le apreciaba y él tenía derecho a ser feliz con la mujer que le quisiera y le comprendiera.

* * *

Era todavía de madrugada; el arbolito del vestíbulo brillaba perezosamente y parecía pedir a voz

en cuello que lo dejaran descansar por unas horas. El salón estaba en penumbras; encendí la luz, y como no oí ruidos por ninguna parte, me imaginé que Carmen y Antonio "todavía estarían fuera "celebrando la Nochevieja". Cuando casi media hora después se encendió una luz en la sala de baño, comprendí que ellos habían regresado. Entré a la alcoba de Carmen, y vi que las sábanas de la cama de ella estaban revueltas.

—Carmen, tía, ¿dónde estás?...

Se hizo el silencio más profundo. Tuve miedo, pánico de que algo anormal hubiese sucedido; casi lo respiré en el ambiente. Golpeé la puerta de la sala de baño con los puños de la mano cerrada y un interminable silencio fue la primera respuesta; después escuché un murmullo sin palabras. En el marco de la puerta apareció una figura pálida, los ojos grises se comían su faz.

—¿Qué, hija mía?

—¿Por qué no contestabas? ¿Te ha pasado algo?

Hablaba tan suave y pausado que tuve que acercarme hasta poner mis brazos sobre sus hombros para poder comprenderle; mascullaba cada letra cuando dijo:

—Antonio y yo rompimos para siempre. Cuando tú te fuiste se marchó de casa y yo me quedé esperándole..., esperándole..., esperándole; estaba vestida para salir con él. ¿Dónde está? Aún no ha vuelto; creí que estaba con vos.

—No...

La abracé con todas las fuerzas de mi ser. ¡Qué sola estaba ella! Sola, abandonada y su cadavérico rostro inspirando piedad..., cariño..., caridad.

—¡Tía, tía de mi alma! Mañana desapareceré de tu vida y ahora tú no me lo impedirás. Ya sabes la verdad.

Fue entonces ella la que se dejó abrazar y, poniéndome sus labios levemente sobre la frente, se escondió en mi sombra.

La llevé con cuidado hasta su cama, arropándola con la malla del afecto que ella había sabido darme; quizá así lograríamos raer el moho que nos aprisionaba.

CAPÍTULO V.

Por las desiertas calles se revolcaban gorros de colores, cartuchos de papel y pedazos de periódicos. Cualquiera que no conociera Nueva York y la viera por primera vez esa mañana, no hubiera podido ser capaz de asociar la imagen de esa ciudad, sórdida y agotada, con la preciosa y abrillantada urbe de los amaneceres de junio.

Antonio no había regresado todavía cuando me desperté, a eso de las dos de la tarde, llevando, marcado en el rostro, las huellas de la noche anterior. El brazo izquierdo lo sentía entumido; me dolía la cabeza. Carmen no estaba en su cama ni en la sala de baño; me puse la bata y otra vez atemorizada salí al salón a buscarla.

Ella estaba de rodillas, arreglando algunos paquetes que quedaban todavía debajo del árbol de Navidad:

—Feliz año, Carmen. ¿Te sientes mejor hoy?

Ella ensayó una sonrisa, pero sus ojos se quedaron rígidos y opacos.

—Sí, “mi corazón”; me siento mejor. ¿Y vos? ¿Dormiste bien? Esta mañana roncabas.

—Algunas veces lo hago cuando estoy demasiado cansada.

Se acercó a mí con dos paquetes debajo del brazo.

—Toma, son los regalos que recibiste; el de Enrique Alberto y el nuestro.

¡Enrique Alberto!... Al oír su nombre, la noche anterior vino a mí, cortándome del presente violentamente... ¿Cómo decirle a mi tía que había roto con él, que me iba de su casa para no regresar jamás? Vi que sus brazos se extendían, entregándome los aguinaldos; los tomé y, bajando la cabeza, di media vuelta. Ella me siguió.

—Sobrina, ¿te asustaste anoche?

—¿Anoche?... ¿Tanto sucedió anoche?

—Me refiero a tu regreso; golpeaste con mucha fuerza la puerta.

—Sí, cuando vi tu cama revuelta y que no contestabas a mi llamada, se me ocurrieron mil cosas.

Era obvio que ella quería abordar el tema de Antonio y yo hacía lo posible por evitarlo. No, no quería revivir la escena de su visita a Vassar; no me sentía con el valor de entonces para enfrentarme a los problemas conyugales de mi tía con la integridad que lo había hecho antes; no podría soportar otros ruegos, otras súplicas por lo imposible. Saqué mi maleta del armario, la abrí de par en par y fui al baño, en busca de unas piezas mías que colgaban en la puerta.

—¡Tu maleta!... ¿Dónde te vas?

—A Vassar, tengo que adelantar mi tesis...

—Pero...

Pude ver que comenzaba a comprender y, cerrando la maleta para que no continuara, se sentó al borde de mi cama.

—Mejor así. Yo también he decidido marcharme. Trataré de arreglar mi viaje para Argentina esta semana; hace años que no veo a mi familia y...

—Estás en un error, Carmen. Ahora menos que nunca debes marcharte. Quédate; un capitán no abandona su barco cuando se está hundiendo; tu lugar está al lado de Antonio.

—¿Y tú?

—Yo lejos, muy lejos de ustedes. Te lo dije una vez y no quisiste escucharme. Te escudaste en mi falta de experiencia...

Bajó la vista y comenzó a jugar con la cadena de oro que bordeaba su cuello.

—Voy a dejar a la Lala para que no se sienta abandonada por mí después de tantos años a mi lado. Solamente me quedaré en Buenos Aires unos días; quizá durante mi ausencia Antonio recapacite. Ahora todo intento de reconciliación sería contraproducente. A veces la distancia puede ser la mejor aliada de la mujer...

—O la peor, Carmen. No debería meterme, pero mi opinión es que no te vayas; más aún, te ruego que no abandones a Antonio ahora si no quieres perderlo para siempre.

—¡Ah, chiquilla querida! No te *preocupés* tanto

por tu tía. Sé defenderme; no en vano he vivido tantos años...

No quise seguir discutiendo. Ella quería marcharse y nada la hubiera detenido. Probablemente tenía razón y, como siempre, yo estaba exagerándolo todo. Un viaje a su patria podría serle provechoso. ¿Y a Antonio?... Eso no lo sabía, ni hubiera podido jamás adivinarlo. Ella tampoco quiso seguir insistiendo.

Entre las dos sacamos mi ropa de su armario, y con la misma ternura con que nueve días antes me había recibido, ahora doblaba mis vestidos para ponerlos dentro de la valija. Las dos queríamos decirnos muchas cosas, algo que pudiera expresar nuestro mutuo cariño, pero las palabras las teníamos encadenadas en el pecho. ¿Cómo podía separarme de esta mujer que en dos meses había sabido meterse dentro de mi alma? Y hoy, cuando ella más necesitaba de la compañía, de la comprensión y del cariño de una hija, yo tenía que dejarla.

Me separé de ella un momento para vestirme. En la sala de baño estaban frescos los rastros de mi estadía allí: el cepillo de dientes, la toalla que estaba usando, el jabón que había comenzado el día de Navidad... El perfume de ella estaba derramado por el aire. Me desnudé con calma y metí mi cuerpo debajo de la ducha hasta que sentí despierzos mis adormecidos miembros. Cada gota que iba mojando mi sér caliente traía consigo un pensamiento nuevo: el rostro de Carmen, carcomido por

las lágrimas vertidas la noche anterior; la mano flácida de Enrique Alberto, cuando nos despedíamos; la sonrisa nerviosa de Alessa; la espalda agitada de Jeanne; los besos de Antonio..., y así me remonté hasta la primera visita a casa de mis tíos. Descargué toda mi fuerza en la toalla, frotando mi piel para aligerar la circulación y, después de vestirme, salí a la alcoba, que estaba opaca de humo. Carmen, tendida sobre mi cama, parecía dormir.

—He pensado llevarte a Vassar esta noche. Así...

Le corté la frase. No, con mi tía la despedida tenía que ser breve. Un hasta luego.

—Gracias, Carmen querida; me iré con Jeanne, ya quedé con ella anoche; es mejor así, no quiero que entre nosotras exista un adiós.

Se incorporó y yo me senté a su lado. Me tomó la cabeza mojada entre sus manos y, arrecostándome en su hombro, me abrazó con infinita suavidad; luego, entre las dos, cerramos la maleta.

Comencé a peinarme y ella seguía cada movimiento mío, queriendo grabar mi rostro en su mente. Yo también la miraba a través del espejo; me puse el abrigo con ademán cansado y ella me amarró la bufanda a la cabeza; se acercó a la cómoda y, sacando un par de guantes suyos, me tomó los dedos y los cubrió con ellos. Con la mano forrada en el negro cuero me tapé la boca para ahogar un sollozo; el característico aroma de Carmen se me metió en la garganta, ahogando aún más en mí el amargor de nuestro adiós.

Recorrí el salón con los ojos y un millón de sombras vinieron a mi encuentro. La chimenea estaba apagada y el "sillón" vacío; sólo mi fotografía estaba intacta; la Lala la tenía en sus manos, limpiando el marco de plata furiosamente.

Juntas bajamos por el ascensor. El abrigo de Carmen caía descuidadamente sobre sus cansados hombros; sin pintura y algo despeinada, su rostro era una flor mustia..., apagados los ojos y apagada la boca.

—¿Irás a verme antes de marcharte a Buenos Aires?

—Sí, te lo prometo.

Había llegado el momento de la despedida. Me colgué de su cuello y ella clavó sus brazos en mi espalda. Sin volver la mirada hacia atrás entré en el "taxi", que el portero había llamado y que aguardaba inmóvil frente a la puerta de casa.

* * *

—Jeanne, ¡ábreme la puerta, por el amor de Dios!

Ella seguía sin responder a mis llamadas. Por fin, atiné a empujar la puerta del apartamento y ésta se abrió; estaba sin llave, porque probablemente Jeanne había olvidado cerrarla la noche anterior. El saloncito estaba como lo habían dejado los invitados esa mañana: vasos, copas, platos sucios y pedazos de serpentina por el suelo; las sillas fuera de su lugar y algunos libros abiertos sobre la

librería. Entré a la habitación de mi amiga y, sobre la cama redonda, ella dormía boca arriba, con el mismo vestido rojo de la noche anterior. Me acerqué, la cobijé, puse una almohada debajo de su despeinada cabeza, y fui a la cocina a prepararme una taza de café. Esperaría un rato, había venido en busca de ella, pero en el estado de cansancio en que se encontraba, no me hubiera escuchado. Me resolví a dejarla escrita una nota: "Jeanne, vine a tu casa, pero dormías todavía. Salgo esta tarde para Vassar. Espero tu llamada." Doblé el trozo del papel y lo dejé sobre su cómoda. El café hervía en la cocina.

Tenía, debía, necesitaba hablar con alguien. Alessa..., ¿dónde estaría mi amiga? La noche anterior me había dicho que se hospedaba en el hotel "Roosevelt" o algo así. Busqué el número de teléfono en la guía y, efectivamente, ahí estaba el hotel que Alessa me había mencionado.

Cuando me comunicaron con la habitación de mi amiga, fue Fernando quien contestó. Tenía la voz cansada y vaga y, si hubiera estado más cerca, creo que hubiera podido sentir el ahogante aliento a licor.

—¿Aaaalló?, ¿quién es?

—Quiero hablar con Alessa, dile que me urge.

—¡Aah! Eres tú. Alessa está durmiendo. Nos acostamos tarde..., tú comprenderás...

—Creo que sí, Fernando.

—Llámanos esta noche y hablaremos contigo.

—Gracias. Adiós.

Dejó caer el teléfono y el golpe me hizo volver en mí. Alessa también se había esfumado de mi horizonte. Le pertenecía a Fernando. "Podría llamarles esa noche..., llamarles."

Me serví una taza de café del que había preparado y comencé a beberlo, pero no lo terminé; volví a tomar mi maleta y abandoné el apartamento, acompañada de un nuevo silencio.

Cuando llegué a la estación, por los alto-parlantes mencionaban la partida del tren para Poughkeepsie, Rochester, etc... Me acerqué a la ventanilla y, después de comprar el billete, me alejé rápidamente por los negros andenes. Había muy poca gente en la estación ese día. Subí al vagón con pereza, la maleta me pesaba más que nunca y no tenía deseos de marcharme. En ese momento hubiera acogido la sonrisa de cualquier vieja emperifollada, pero el vagón estaba casi desierto. Un chico joven, que leía el diario, me vio tras sus gruesas gafas; pero mi rostro no le llamó la atención y volvió a desaparecer tras el pedazo de papel con letras negras. Me senté junto a una de las sucias ventanillas y me entretuve viendo sin mirar a varios negros cargados con maletas... El tren comenzaba a moverse lentamente.

Me asomé para mirar los andenes por última vez; un hombre que yo conocía corría desespera-

damente por alcanzar el tren; su figura fue acercándose mientras el tren se alejaba. Quise saltar desde la ventanilla, pero sólo pude grabar en la retina sus brazos que se abrían desesperadamente en un último esfuerzo por aprisionarme.

¡Antonio... habías llegado demasiado tarde!..., ya el tren se escondía lentamente en el espacio.

CAPÍTULO VI.

El día que regresaron las estudiantes y en el "campus" se volvió a escuchar el zumbido de mil rumores, yo desperté de mi letargo. Por primera vez desde que había regresado a Vassar tuve valor de ir al correo; me encontré con un manojito de tarjetas de Navidad que no contestaría. Entre ellas había dos cartas que llamaron mi atención: una de Jeanne; la otra..., la otra, no reconocía la letra. Eran rasgos fuertes y nerviosos, la abrí y busqué la firma ávidamente...; era de él.

La doblé metiéndola en el bolsillo; la leería en algún sitio donde pudiera estar a solas con su recuerdo. La de Jeanne era tan sólo una notita escrita a la carrera la misma tarde del 1 de enero: se había encontrado con José Antonio en el vestíbulo de la casa de apartamentos donde ella vivía. El me aguardaba, creyendo que yo estaría allí con ella... "Le dije que te habías marchado para Vassar."

Ahora lo comprendía todo; su presencia en la estación momentos antes de mi partida... Volví a ver su figura luchando por darme alcance y, por último, sus manos levantadas, abrazando el vacío...

Busqué su carta con ansiedad, estrujándola en mis dedos.

Me alejé del tumulto que me aprisionaba en una danza monótona; voces, gritos, exclamaciones y, sin embargo..., una sola voz hubiera llenado el infinito vacío de ecos silenciosos.

Fue la primera y la última carta que me escribió. El sabía que jamás le respondería; era su último gemido.

Estaba tendida en la cama, vagando tras los recuerdos, cuando sentí que alguien entraba en mi habitación. Era Jeanne, que se había cansado de llamar a la puerta...

—Llegué esta mañana..., no fuiste a clase de estética y la profesora preguntó por tí.

¿Estética?... ¿Qué era eso?... Ya nada me interesaba...; teorías, vanas teorías, para llenar corazonces huecos. Todos en el mismo loco afán de negar lo que sentimos realmente. Miré a Jeanne con extrañeza; ella también estaba envuelta en la comedia. Estética, Metafísica, Ética, etc... Ninguna de estas "maravillosas" y complicadas filosofías podrían encontrar una justificación a mi desasosiego.

—No, no fui a clase de Estética..., no estaba en espíritu para escuchar a la profesora.

—Eso sucede siempre después de vacaciones.

—Quizá... ¿Cuándo son los exámenes?

—La semana entrante.

Cualquier otro día esos exámenes me hubieran llenado de pánico, pero ahora...

La semana se pasó entre la ilusión y la realidad.

Buscaba a Alessa por todas partes; me refugiaba en su cuarto, pretendiendo que ella pronto regresaría y, en la madrugada, ya cansada, me dormía con el libro sobre la cara. Hora tras hora memorizando términos y, en los segundos de libertad, aferrándome a vivir una historieta fantástica. Luego me despertaba, y con el alma abierta me hundía lentamente en un mundo de papel carbón.

Jeanne se pasaba los días íntegros en la biblioteca. No nos vimos durante esos días.

La mañana del examen de Filosofía me levanté nerviosa; no sé, había algo en el aire que contagiaba desasosiego; me tomé una pastilla para adormecer los nervios y me marché al "dulce patíbulo", como Alessa solía llamar a los exámenes.

Recuerdo que ese día tuve que batallar para poder concentrarme; mis compañeras, impávidas, escribían con forzada inspiración. Miré a Jeanne; ella se mordía los labios y de vez en vez se tocaba la cabeza, como si le doliese; una de estas veces volvió los ojos hacia mí, haciéndome un gesto muy característico de ella, que denotaba angustia. Escribí lo que pude y a la hora indicada me marché a la Residencia; tenía sueño y el cuerpo me dolía, como si hubiera caminado por senderos infinitos.

En la portería había una nota que sobresalía por estar escrita en papel amarillo. ¿Papel amarillo?

Casi siempre la portera solía escribir en este papel el mensaje de conferencias de larga distancia. "Miss Montero-Mendoza..., cuarto 226." La letra era clara, no podía haber error. Leí mi apellido varias veces antes de convencerme que, efectivamente, la conferencia había sido para mí... Carmen me había llamado mientras yo me encontraba fuera.

—¿A qué hora se recibió esta conferencia, por favor?

—A las ocho y media, más o menos; acabándose de ir usted. (La llamada había sido urgente y de eso hacía ya dos horas...)

—¡Ah!, señorita, se me olvidaba decirle que la persona que llamó dejó dicho que no estaría en casa después de las nueve. Que hiciera usted lo posible por verla en el aeropuerto, y aquí me dio un número que no sé qué será. No atiné a comprenderla bien... Parecía preocupada por algo.

—Pero, mujer, ¿cómo me puede decir usted...

No quise continuar la frase, hubiera descargado mis nervios sobre el inmóvil rostro. El número 310..., ¿qué podría significar? No era el número de teléfono del aeropuerto...; tendría que ser el vuelo. Busqué afanosamente las señas del nuevo aeropuerto: "IDLEWILD". Había decenas y decenas de teléfonos y muchas Compañías que hacían vuelos hacia Argentina. Comencé a llamar una por una; los minutos volaban. Serían las once menos diez, más o menos, cuando logré dar con la oficina, que me afirmó que un vuelo número 310 salía para

Buenos Aires esa mañana. “Un momentito; tenían que preguntar a qué hora salía el avión y luego pedirían permiso para comunicarse con la pasajera Montero...” Sí, efectivamente, en la lista de pasajeros habían alguien con ese nombre.” El tiempo se movía con demasiada rapidez; arañé mi reloj de pulsera para detener los segundos y terminé escondiéndolo en el bolso, para engañarme. Cuando volví a escuchar la voz del encargado, fue para decirme que ese avión había salido para Buenos Aires hacía diez minutos.

Así que Carmen se había marchado; ni siquiera ahora habíamos logrado despedirnos. La cabeza me daba vueltas... Fui al salón, encendí un cigarrillo y su delgada figura se vino a mí, como la había visto por última vez: “Ojos opacos..., boca opaca”. El viaje le haría mucho bien; la familia, la patria, los recuerdos de la infancia volverían a su lado, haciéndola revivir. Cuando regresase, se acordaría vagamente de estos meses y quizá, de vez en vez, un sabor agrídulce se le vendría a la mente. Pero nada más.

¡La Lala!... Ella estaría feliz; había conseguido su propósito: alejar a su señorita de los Montero-Mendoza y llevarla a descansar a la patria después de tantos años de “destierro”, como ella solía decir. Pero Antonio, tarde o temprano, iría en busca de su esposa.

Sentí un temblor en el cuerpo que me hizo apagar el cigarrillo. Vi claramente ante mí la figura

del "Leopardo" estallar en una carcajada satánica. Volví a encender otro cigarrillo, pero no pude fumarlo; las manos me temblaban demasiado.

* * *

El estado nervioso en que me encontraba me comenzaba a preocupar, así que esa tarde fui al médico en busca de ayuda; le conté vagamente algunos de los acontecimientos que habían alterado mi salud durante los últimos días: "Había roto con mi novio." "Sí, ésta era una reacción normal..., no tenía por qué preocuparme; me daría unas píldoras para que pudiera dormir mejor esa noche."

La miré de reojo; me dí cuenta que no me había comprendido. Seguramente estaba cansada. Había respondido con una de esas frases hechas que usaba para calmar al mujerío estudiantil que seguramente la agobiaba a todas horas con toda clase de problemas.

* * *

Esa tarde, Jeanne y yo salimos a pasear en su coche, y el aire fresco me hizo sentir más fuerte. "Desde su regreso a Vassar había deseado conversar conmigo, pero parecía que yo hubiera estado escondida tras mi propio silencio." Este comentario me causó gracia, pues Jeanne siempre buscaba las comparaciones más extrañas para definir sus pensamientos. En efecto, yo había estado acompa-

ñada solamente por eso... silencio, aunque lo había hecho contra mi voluntad. Me contó muchas cosas del cubano "político" que durante las vacaciones la había enamorado para..., a última hora, pedirle prestado dinero para fines revolucionarios...

Jeanne rió burlonamente cuando me relataba la historia; pero yo, que la conocía, supe que tras esa metálica risa iba escondida la tristeza sorda de un desengaño. Ella quiso abordar el tema de mis tíos, pero yo me limité a decirle que Carmen se había marchado esa mañana para Buenos Aires.

* * *

No eran todavía las seis de la mañana cuando sentí que alguien golpeaba furiosamente a mi puerta. Me desperté sobresaltada y, aún con el sueño en los labios, salí a indagar la razón de tan frenéticos toques. Un viejo, que había visto tan sólo una vez y que era el cuidador de la Residencia durante la noche, asomó su cabeza, mientras yo luchaba por esconderme para que no me viera dentro del descolorido pijama de lana.

—*Miss, you've got a long distance call from New York downstairs. It's urgent.* (Señorita, una conferencia urgente de Nueva York para usted.)

¡Urgente!... Me eché la bata sobre los hombros y, descalza, comencé a correr por los largos y oscuros corredores; un dolor seco se me pegó en la boca

del estómago; y el corazón me martilleaba la garganta. ¡Urgente, Urgente, Urgente!

Reconocí la voz al instante; más ronca, quizá, y quebrada...

—Carmen... El avión estalló en el aire llegando a Buenos Aires. Todos perecieron.

No... no había comprendido bien. El avión... el avión...

—¿Qué?... No, no puede...

—Sí, hace menos de una hora.

—Una hora..., avión..., Carmen... No..., estaba soñando. ¿Carmen? Me agarré con furia al auricular y un grito, como el aullido de un animal herido, brotó de mi pecho.

—Repí-te-me lo que acabas de decir, Antonio. Dime que estoy soñando; que no es verdad; que todo es una pesadilla; que mientes... Dime lo que quieras... Carmen está viva, viva; dime que está..

—Lo siento, pero no puedo engañarte. Carmen ya no está entre nosotros. Dentro de pocas horas salgo para Argentina; es mi deber, pero... volveré pronto, te lo prometo.

—No, Antonio, no volverás nunca. Ahora es cuando ella estará "entre" nosotros para siempre; nos compró con su muerte. No vuelvas nunca..., nunca... Vete, márchate. Ella te espera; tú le perteneces a ella, sólo a ella.

No recuerdo nada más. Sé claramente que, mientras caminaba hacia la escalera, seguía escuchando la voz de Antonio que salía del auricular del telé-

fono, que había dejado descolgado y se balanceaba rítmicamente...

Carmen se había esfumado en el aire y sus cenizas flotarían por el espacio hasta la eternidad.

Reinaba un gran silencio; ese silencio formado por mil ruidos del recuerdo que se armonizan y funden en la majestuosa desnudez del dolor.

CAPÍTULO VII.

Una semana estuve encerrada en mi pequeña habitación; días oscuros y solitarios; perdí la noción de las horas, y la noche y el día se mezclaron formando una masa incolora y vacua. De pronto me despertaba, segura de haber sentido el peso de un cuerpo al borde de mi cama. Veía a Carmen, que se aparecía y me hablaba al oído unas palabras que nunca llegaba a escuchar. Otras veces era José Antonio el que se acercaba a mí; le veía corriendo tras el tren; sentado cerca de la chimenea; sentía sus labios cosquillearme las venas y me revolvía adolorida entre las sábanas.

La figura de Carmen se alargaba y se encogía, y en la oscuridad creía ver sus ojos brillar como dos bolas fluorescentes.

Los corredores, llenos de soledad, se habían convertido para mí en una cadavérica armazón de conjunto deforme. Hubo días en que, cegada por mis alucinaciones, me levantaba a vagar en busca de sombras que me acompañasen. Iba a la habitación de Alessa, encendía la luz y me sentaba en la alfombra a que me comieran las horas. En esa misma alfombra hacía apenas unos días, las dos, ha-

bíamos pasado noches enteras analizando lo imposible y creándonos problemas que jamás tendrían solución... Y ahora..., ahora hasta el viento se arrastraba silencioso. Todo estaba intacto: su ropa, sus libros, su escritorio, su cama blanca...y, sin embargo, ella ya había elegido su camino... Un día vendría con Fernando y arrancarían de estas mismas paredes hasta la última molécula de su recuerdo para darle paso a una nueva estudiante. Así, también, en un piso de Park Avenue, "cerca de las nubes", la vida volvería a moverse con rostros nuevos.

Cuando la fuerza del deber me hizo volver a la rutina de los libros, me dejé arrastrar como una sonámbula.

La anémica luz invernal me cegó la vista y di vueltas y vueltas, sin llegar a ningún sitio definido. Entre los áridos jardines iban y venían mujeres que conversaban en voz baja, con temor a romper el silencio; unos cuantos profesores, con varios libros bajo el brazo, seguían su camino, indiferentes al mundo que les rodeaba.

Recorrí paso a paso los edificios que Carmen y yo habíamos visitado la tarde que ella había estado en Vassar. Ellos tampoco habían cambiado. Todo y todos seguían su curso a un compás simétrico. A medida que el sol se fue alejando de la Tierra, los callejones se fueron despejando y la gente fue a protegerse tras impenetrables murallas de granito.

Oí voces que cantaban a lo lejos y pude distin-

guir cinco siluetas que conocía bien: Pilar, Andreína, May, Victoria y Peggy. Y ese canto empapó de energía el ambiente por breves segundos... Luego se esfumaron lentamente en el horizonte; la oscuridad se volvió a fundir en la afonía de antes.

Me interné por otra de las veredas del "campus"; buscaba a Jeanne, sin definir con certeza por qué o para qué... Al acercarme a la Residencia donde ella vivía, vi que su cuerpo y el "Alfa-Romeo" se ponían en marcha, formando —una vez más— una sola figura alargada. ¿Jeanne? Ella había vuelto a cubrirse el rostro con una máscara de sonrisa irónica. Y el ropaje que amparó mi desnudez iba quedando enredado en el esqueleto del pasado, mientras yo, abrazada a las sombras, era poseída por la noche.

INDICE

	Págs.
BREVES LÍNEAS	11
PRIMERA PARTE	17
Capítulo primero	19
Capítulo II	35
Capítulo III	47
Capítulo IV	63
Capítulo V	73
Capítulo VI	81
Capítulo VII	93
SEGUNDA PARTE	105
Capítulo primero	107
Capítulo II	117
Capítulo III	127

	<u>Págs.</u>
Capítulo IV	153
Capítulo V	165
Capítulo VI	175
Capítulo VII	185